

UC Berkeley

Lucero

Title

Una línea hacia tu corazón

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/7w4608tj>

Journal

Lucero, 13(1)

ISSN

1098-2892

Author

Arévalo, Javier

Publication Date

2002

Copyright Information

Copyright 2002 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at

<https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed



UNA LÍNEA HACIA TU CORAZÓN

Javier Arévalo * / Perú

Cuando movía el culo entre las mesas, no le importaba a nadie que fuera doctora en Literatura. Trazaba, entre ella y nosotros, una sinuosa línea que prometía un camino hacia su cuerpo, pero ocupaba un punto en el espacio que nuestras ansias no terminaban de alcanzar, y lo sabía.

“Allá yo era otra garota más, acá soy la Garota, pero, más que eso, soy un trasero”, me dijo.

Nadie que la viera caminar habría dicho que no le gustaba el papel de atractivo exótico. Sufría una suerte de síndrome del impostor. Se exhibía, en apretados jeans, en mallas que eran para matarla, y no dejaba dudas que su belleza era una especie de orgullo nacionalista pero, a la vez, quería que la conocieran por ser una doctora en Literatura. A mí me importaba el culo, pero también que se metiera tequilazos como cualquiera y que no cayera nunca, a menos que fuera ante su marido, ausente por asuntos de los que prefería no hablar.

“¿Por qué tanto misterio con el marido, brachica, por qué no le das sitio en tu corazón a alguien de por acá?”

“¡Brachica, qué bonito!, así nos dicen ustedes los peruanos. No hay misterio, hermanito, hay silencio, rodeo del tema, conclusión de plano, pero no misterio. Uno mata lo que ama, peruanillo, eso es todo lo que te puedo decir.”

Era verborreica, literata al fin, floromonse, postulante a novelista. Yo quería tirármela, pero también la quería como amiga. Era lo más cercano que tenía de un pata, excluyendo a Josué Shida.

Shida me decía en su castellano suficiente “Amo a la doctora. Tengo que ser famoso como sus maridos para que ella me ame. Dame el teléfono de tu agentes en Boston, a ver si me ayuda.”

Y yo quería ayudarlo. Lo conocí un día que pinté en la calle. Había sacado el caballete sintiéndome Van Gogh. La gente se paraba detrás y una señora dijo “joder, que no hay calle en ese cuadro”. Entonces apareció Shida y me dijo “qué tal si te combinos un par de colores que podrían venirle bien a tu cuadros.”

Y le dejé porque me pareció curioso ese árabe que le ponía s a las palabras.

Mezcló una y otra vez los óleos y se quedó allí conmigo, corrigiendo mi paleta, que

agarró un color inusual. Hicimos el primer y último cuadro juntos y así lo conocí. Él sobrevivía pintando casas a brocha gorda, y aprovechaba para mostrarle a los dueños de esas casas un álbum con sus cuadros al óleo. Vendía uno, de vez en cuando, paisaje o retrato que hacía a pedido. Le daban el color de los muebles y él pintaba. No tenía escrúpulos.

Pero además pintaba sus propios cuadros, los que hacía para sus clases de pintura. Imitaba a Freud, ése era su problema, hacía truculentas escenas, pero con colores sumamente amables.

“¡Cómo te voy a presentar a mi agente si estos cuadros todavía no son tú! Quieres ser Freud, Shida, y ése ya existe.”

“Pero éste soy yo, amigos, quién más puede ser, peruanitos. A ti te parece Freud porque eres muy culto, pero el resto no se entera”.

Era demasiado hábil con los pinceles como para descubrir que no era buen pintor.

“¿No crees en mí, peruanitos, eso es lo que pasa?”, me dijo frente a dos tequilas que me invitó, luego de que vendió un cuadro a un francés que acababa de poner un restaurante con comida de su país. El francés quería un cuadro grotesco para darle ambiente al baño del lugar. Yo pensé que lo que quería era que el turco se lo chifara. Los turcos son bastante liberales en eso de amarse entre hombres. El restaurante era en realidad una fonda y sí, en el baño, el cuadro de la mujer con las tetas caídas y el fondo deformado por el pincel turbulento y expresionista de Shida, imitando a Freud, daban unas ganas de cagar que no se soportaban.

Shida insistió, frente a esos tequilas, “quiero ser famosos, dame el número de tu agentes.”

Estábamos en el Pantagruel, el bar donde normalmente acabábamos cervezas y tequilas. Pancho Jiménez, su dueño, tenía una hora de juegos en los que había que apostar a cualquier cosa. Competías con quien se pusiera al frente. Ese día no teníamos plata ni la brasileña ni yo. Pero ella no lo dijo entonces, quería matar una pena: después lo supe, el marido había dejado de serlo.

“¿Qué sabes hacer, turco? Quiero emborracharme sin chocar con mis ahorros”, dijo la brasileña. “¿Qué hacemos para ganarnos la noche gratis?”

Ése era el premio, la noche gratis en tragos, sólo los jueves y máximo una mesa para dos, donde tres eran aceptados.

“Sólo pinto y soy campeón en dardos. Pero tirarlos no impresiona a nadie aquí.”

“Le ponemos el toque brasileño”, dijo la Morales, y desapareció por la cocina.

“Haría cualquier cosa por ella”, dijo Shida.

La Morales salió con tres manzanas en las manos.

Y entonces lanzó la apuesta. Se puso de costado, contra la pared de los dardos, y se bajó el pantalón. Quedó en un punzante hilo dental rojo, quebró la cintura, con lo que el culo se proyectó hacia el cielo y encima de la grupa colocó una manzana.

“Lanza y clava”, le ordenó al turco, que babeando se puso de pie, tomó los dardos y disparó a dos metros y medio. El dardo voló como un misil, cortó el aire y luego la manzana murió sobre el piso, clavada. Los parroquianos aplaudieron. Y yo me puse nervioso.

“Aplausos para Guillermo *turco* Tell”, dijo Pancho, que era feliz. La gente aplaudió más, rabiosa, estaban contentos, por el culo, por la adrenalina, por el atrevimiento.

La brasileña enderezó el cuerpo y sacó pecho. Ahuecó las manos e hizo copas y se levantó las tetas y, sobre ellas, ordenó que colocaran la segunda manzana.

“Ahora clava, turco, clava”, chilló.

Shida tomó aire, apuntó y lanzó. Vi la parábola silente, la amenaza punzocortante, la embestida final: la manzana cayó, roja, herida, al suelo.

Pancho Jiménez aplaudió: los parroquianos pedían más trago.

La brasileña no terminaba. Colocó la manzana encima de sus cabellos negros, todo rulos de negra blanca.

“Clava, clava, turco, clava, que quizá ahora yo soy el premio.”

Y el dardo voló, y una vez más vimos la parábola en el aire, una línea silente, una sucesión de puntos imaginarios que comenzaron a unir a Shida y a Morales. Ahora podría explicar que Shida maduró de pura culpa, aunque quizá especulo, y que ella lo dejó acercarse porque él consiguió que en lugar del culo la gente le mirara la cara, pero también especulo, porque así son las líneas, no se explican, se intersectan solamente; la línea traza su propio azar, y cada punto en el espacio teje su historia, y para mí ese dardo seguirá volando hacia su punto y volverá a caer donde ahora un guiño es imposible y hay un parche de pirata que no ha matado; sin embargo, la belleza de la brasileña.



* Lima , 1965. Escritor, periodista y fotógrafo. Ha sido redactor en la página cultural del diario El Comercio de Lima, profesor en la universidad San Martín y ahora es editor de la revista Detalles; colabora con el diario Correo y con el suplemento cultural del diario El Peruano. Ha publicado: *Una trampa para el comandante*, *Instrucciones para atrapar a un ángel*, *Nocturno de ron y gatos*, *Previo al silencio*, *Vértigo bajo la luna llena*, *El beso de la flama*.